

Juvenal Hernández

## En los cincuenta años de actividades docentes de don Enrique Molina<sup>(\*)</sup>



UNA INVITACION a meditar sobre lo que significa en la evolución cultural de la república la vida de don Enrique Molina, me ha parecido el deseo de los organizadores de que sea yo quien le exteriorice la honda estimación que sentimos hacia él todos los que en este instante nos reunimos a su alrededor. Nada es más enaltecedor para mí que este mandato, ni nada me enorgullece tanto como la oportunidad que me ofrece de rendir al señor Molina un tributo a que estoy obligado, no sólo por la investidura que el destino me ha deparado sino por lo que él significa en la trayectoria que he recorrido desde los lejanos tiempos de mi permanencia en el aula escolar del Liceo de Concepción.

Yo quiero despojarme hoy de todo atavío literario para dar expansión a ese cúmulo de delicados sentimientos que la discreción oficial me obliga a silenciar o a encubrir con el velo de la austera parsimonia, para hablar con la sinceridad honda del que no tiene más código que los libres impulsos de su honradez de propósitos.

---

(\*) Este discurso y los siguientes fueron pronunciados en el acto celebrado el 3 de septiembre de 1943 en la Universidad de Chile, con motivo de haber cumplido el señor Enrique Molina cincuenta años de actividades docentes.

Hace treinta años vino fraternalmente hacia nosotros un nuevo maestro, desde el silencio de las serranías del norte, donde la tradición, la leyenda y el paisaje se compenetraron. Los huertos familiares, los peñascos, los antiguos poblados, le dieron la persistente visión de patria buena. Fue allí, tal vez, en la quietud de aquel cielo serenense, donde se inició aquel interminable estudio que no dejó de enamorarse de ningún secreto del pensamiento y la belleza.

Ya entonces, sus alumnos veíamos en él a un hidalgo del pensamiento, cuya fisonomía empezaba a semejarse, en su madurez ascética, a la figura de los antiguos héroes con que soñábamos. Alguien dijo de él que parecía una espada toledana, "flexible, a veces, pero siempre de acero". Su palabra cálida se iba abandonando en la intimidad de sus lecciones para llegar a la expresión enternecida de un paternal estímulo para nuestro trabajo intelectual. Estábamos seguros de que jamás podríamos contar con un amigo leal ni más generoso, ni más bueno, ni más abnegado. Lo oíamos como a un apóstol y sus discursos nos incitaban siempre a la atención. No hubo ningún otro que fuese escuchado con igual veneración y respeto. Nos seducía su sencillez, su talento, su candor, la rectitud de su carácter.

Pero estoy en la imposibilidad de resumir su obra y su vida en tan rápida síntesis. Significa demasiado para el país y significa demasiado para nosotros este hombre para que podamos estudiarlo con la frialdad de la crítica. Digamos sólo que honra a Chile como educador, como filósofo y como ciudadano. Los que hemos frecuentado su trato y hemos participado de su conversación sapiente, junto a los anaqueles interminables y en la dulce vecindad de las imágenes que resumen sus creencias y su admiración, tenemos, más que sus lectores habituales, la conciencia de lo que es y de lo que vale, pues comprendemos mejor la magnitud de ese corazón y de ese cerebro en sus matices escondidos y poco visibles para la multitud.

Cuando lleguen otros tiempos y los hombres que viven preocupados de los problemas humanos vuelvan su vista hacia nosotros y hacia nuestra época atormentada y caótica, intentarán explicar la propensión utilitaria de las multitudes, a preocuparse casi exclusivamen-

te de los humildes menesteres adscritos a las inquietudes espirituales que levantan a los hombres a más altos niveles, en busca de los medios de alcanzar una armonía más perfecta dentro de la convivencia humana y una aproximación más efectiva al Supremo Bien. Extenderán su vista a este lejano rincón, y de los escombros de una cultura rudimentaria, verán emerger la figura del señor Molina, serena en la frialdad del ambiente, inquieta y sedienta de ideales inalcanzables. Y la gente de la tierra, más comprensiva en sus momentos culminantes, habrá de darse cuenta de lo que él significa en nuestros incipientes afanes de elevación filosófica.

La suya es una vida de esfuerzo continuado, de empeños que se dilatan por más de medio siglo, fructíferos y ennoblecedores, que se prolongan en múltiples direcciones. Pero todos sabemos que la existencia es un encadenamiento de sucesos en que se alternan los dichosos y los adversos, y que las realizaciones de nuestros proyectos valen con frecuencia sólo en cuanto realizaciones; pues no siempre se acompañan de la satisfacción del éxito. Amargores y no sentimientos placenteros son comúnmente la cosecha de nuestros desvelos. Y si no contáramos a nuestro lado con el apoyo y la voz reconfortante de los que verdaderamente nos estiman, careceríamos de las legítimas compensaciones que dan la razón de ser a nuestras cotidianas labores. Los que seguimos al maestro, si no en la plenitud de sus múltiples y complejas inquietudes, por lo menos en este darse incondicionado al bienestar colectivo, sabemos lo que significa este momento de convivencia con los que en el silencio nos exhortan a seguir en la ordinaria brega y que a la distancia sufren por nuestros quebrantos y se alborozan cuando esquivamos la artera suerte o resistimos la vorágine que se agita en torno nuestro y nos sobreponemos a sus asechanzas.

Por eso estamos aquí, por gratitud, unos, porque vemos en el señor Molina un intérprete genuino de nuestras íntimas aspiraciones, otros por la fascinación que ejerce con la afabilidad de sus modales, la claridad de su talento, y por este "dechado de su personalidad, a la vez batalladora y tranquila, suave y recia", como dijo un poeta de expresión afortunada.

\* \* \*

En cualquiera de sus aspectos que se le considere, y a donde quiera que se le siga, encontramos siempre en él algo edificante y digno de imitación; ya es la agilidad en el concebir, el rigorismo de su dialéctica, el tino para no descender y el ansia de altura que se adivina en todas sus actitudes. Frente a lo irremediable sabe suavizar asperezas y sin amargura se refugia en sí mismo con la dignidad de un Marco Aurelio o con la majestad de un Boecio.

Cuando se contempla a los que ayer fueron adolescentes y escucharon con una especie de místico arrobamiento la magia de su palabra, honda, conmovedora y llena de sugerencia, y ahora vemos distribuidos aquí y allá, en situaciones respetables, surge en nuestras almas una pregunta que nos hace calcular en qué medida el señor Molina ha contribuido al logro de sus aspiraciones, de ese constante impulso interior que dignifica la vida. No nos es dable aún saber qué reacciones del alma son debidas a nuestros padres y qué a nuestros profesores; pero es indudable que no es el conocimiento impersonal que nos transmiten lo que a ellos les debemos y lo que determina nuestra individualidad, como un valor efectivo en el medio en que actuamos. Son ciertas maneras de proceder, es el conjunto de pequeños detalles y de actos relevantes lo que transmigra del padre al hijo, del maestro al alumno, lo que le da recursos para discernir con claridad, para intuir lo inesperado y tomar resoluciones oportunas y eficaces.

Sin embargo, para que este milagro se realice, se requiere que ese padre y ese maestro sea rico en dones de inteligencia y de bondad, y que tenga la virtud de interpretar con fiel acierto los supremos intereses de la patria, nobleza, abnegación y perseverancia en el esfuerzo. Debe estar adornado, además, de un constante deseo de ir más allá, de transponer cada día un nuevo jalón en el camino interminable del saber y la perfección moral.

Estas reflexiones nos sugiere la personalidad del señor Molina, porque en ella hemos visto realizadas las concepciones teóricas que tenemos de lo que debe ser el verdadero maestro. Ellas dan además la explicación de que hoy nos encontremos en torno suyo. ¿Cuánto beneficio no ha recibido la república en su cuádruple aspecto cultural, moral, social y económico, si se le mira en este sólo plano de sus actividades docentes?

Pero el señor Molina presenta otras fuentes y otros cauces en que se vierte a raudales en los campos del pensamiento universal. Con su obra filosófica sale en busca de más amplios horizontes, transpone la frontera y piensa como ciudadano de América. El es la primera manifestación, de auténtica originalidad, de que hemos entrado a la etapa de la madurez espiritual y de que podemos esperar frutos más sazonados en un futuro cercano. A la inversa de muchos pensadores de su estirpe, no cava un abismo entre él y su ambiente. Su palabra es captable por todas las inteligencias, porque habla un lenguaje de apóstol, y así, serenamente, sin las ostentaciones de ciertos filósofos de oropel, nos conduce a los más altos planos del pensamiento abstracto. Y entonces nos sentimos más cerca de su yo, y así como él se adueña de nosotros sentimos que nos apropiamos de él.

Por sus virtudes excepcionales de pensador, de maestro, de hombre y de amigo, le seguimos en su trayectoria, vibramos al compás de sus inquietudes, nos congratulamos con sus triunfos y soñamos con una vida exenta de los quebrantos que hoy agobian al mundo.

En los momentos en que cumple cincuenta años de ininterrumpida labor docente, la Universidad de Chile lo saluda por mi intermedio y los presenta ante la faz del país como una enseñanza y un ejemplo.

#### DISCURSO DE LA SEÑORA AMANDA LABARCA

“Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir”, dijo siglos atrás el primero de los poetas elegíacos de habla castellana. Nos aparejamos todos en nuestro destino mortal; mas, cuán

infinitamente diverso es el caudal de esos ríos, sus virtudes, su belleza y los campos que atraviesan como torrentes despeñados o como Nilos que los enriquecen en utilidad y lozanía.

Hay quienes atraviesan el tiempo como los ríos los espacios, bíblica y fecundantemente. Y pocas veces le es dado a un pueblo regocijarse y honrarse con la magnificencia de una vida como la de don Enrique Molina, amplia, dilatada y multiforme.

No es el momento de hacer un recuento de sus obras pedagógicas, de sus libros de viajes, de sus producciones filosóficas. Analizarla es tarea de volúmenes de apretada exégesis. Testigo cariñoso de gran parte de su existencia, quiero referirme en especial a su sino de sembrador de cultura y de creador de ambiente.

En los países latinoamericanos, cuya mestización está aún inconclusa, en que las letras como la producción económica, la riqueza como la moral se hallan distribuidas en forma extremadamente dispar, solemos caer en error al estimar el ambiente por los altos picachos de gentes espiritualmente dilectas. Rindiéndoles justiciero homenaje nos olvidamos de la gran masa, huérfana aún de los goces de la ciencia y de las letras, cuando no de aquellas normas de bienestar que señalan al hombre civilizado. Nos imaginamos un pueblo culto porque hemos tenido la suerte de ver descollar las altas cumbres de algún poeta o de un escritor de fama continental. Es verdad que ellos levantan una enseña que sirve de guía y aliciente a muchas generaciones jóvenes. Que el honor que nos brindan, que la belleza con que nos embriagan, no nos haga olvidar, sin embargo, que su voz, con ser tan pura y enhiesta, alcanza sólo al número escaso de privilegiados que leen y saborean sus producciones que apenas si, por excepción, llegan a la profundidad de su pueblo ignaro. El bajo nivel de vida, el analfabetismo, la pobreza que urge a rendir todas las energías en la busca del cotidiano yantar, oponen un muro espeso e impermeable a la ciencia, y a la poesía que no sea la que nace espontánea de los propios corazones.

Este fenómeno rara vez es visible desde los bancos de la Universidad central o de los medios refinados de las capitales, pero se ad-

vierte cada vez que el hombre culto ha de actuar en centros alejados y poblados. Trabajar en ellos como lo ha hecho don Enrique Molina, infatigable y optimistamente, abriendo con su presencia, con su enseñanza, con el ejemplo de su propia vida, brechas en ese muro, es a la par que obra de letrado, acción prócer. Su paso por las ciudades de Chillán, Talca y Concepción, abrieron a sus gentes nuevas formas de contacto con aquella porción del mundo culto para la cual la impalpable harina de la filosofía es tan urgente como la otra de la que amasa el pan.

Sembrador de cultura y creador de ambiente.

Es posible clasificar a los humanos en dos grandes grupos: en aquellos que se identifican con el medio y lo sufren sin rebeldías, y aquellos otros que afirman de tal modo su personalidad que luchan airada o silenciosamente por vivir de acuerdo con sus propias normas. En contacto con el ambiente mediocre, sórdido o indiferente, ellos concluyen por introducir modificaciones que son otros tantos surcos de promisión. Los que hemos tenido que ver con muchachos egresados de la Universidad, les hemos escuchado en múltiples ocasiones frases como ésta: no puedo irme a provincia, el medio me aplastaría. Y otros: estuve en un poblacho en que sólo sabían de las inquietudes del mundo exterior una media docena de tildados de locos o de chiflados y concluí por vivir como todos; olvidé mis esperanzas y hasta mis propósitos de seguir cultivándome. Unos sufren el medio y porque no tienen fuerza o les falta valor, concluyen por someterse a él. Otros luchan toda su vida, luchan con trágico dolor las más veces.

El vulgo, que no desea que se turbe la rutina encauzada en la trocha del menor esfuerzo, les pone resistencias de toda especie. En unos es la indiferencia soberbia y sardónica: "Ese señor aspira a crear un círculo de estudios literarios, científicos o filosóficos. No lo frecuentes, es una persona que a lo único que aspira es a llamar la atención pública y como no sabe otro modo, lo hace leyendo libros arrevesados e incomprensibles". Cuando se ha vencido esta inclemencia, cuando se ha llegado incluso a formar dos o tres discípulos, es la etapa del ridículo. "Habrás visto tontería igual: ¡cómo se rei-

rán de nosotros y de ellos en Santiago! No se marque Ud. con el signo de la carcajada al seguirlos". Se logra, sin embargo, superar esta etapa. Entonces, delante ya de una obra comenzada, sobrevienen las críticas destructoras y corrosivas. "Eso no puede durar. No tiene asidero ninguno en la realidad. Es tan ajeno a nosotros como las margaritas al olmo". Y de todas las partes de la incomprensión y la rutina y la pereza de aquellos que no quieren que turben la placidez de sus siestas engordadoras y que en fondo temen que su ocio se vitupere o que los sacuda el ejemplo de los apsos del adelantado. Llega el momento del triunfo a pesar de todos los obstáculos, y es entonces el clamor de los que dicen: "Pero esa obra, ¿qué tiene de particular? Cualquiera habría podido hacerla; yo mismo si hubiera querido, ¡tan sencilla es!"

Cuántos han sido llevados a actuar en un medio desprovisto de ideas abstractas o de cultura han tenido que sufrir una odisea semejante. La lucha no conviene a los cobardes y a los endebles. Años de paciencia, de actuación tan discreta como la de la gota de agua, de incommovible resolución, de conciencia alerta en todos los instantes, de capacidad para no ceder ante los halagos del dulce no hacer nada, son indispensables para cimentar una obra de cultura imperecedera, para derribar en parte los muros de ignorancia que oprimen a las masas. El hombre que celebramos hoy ha sembrado cultura allí donde era escasa o no existía; plantó colegios y universidades luminosas para que la juventud se sintiera atraída a sus aulas; tuvo sin descanso el propósito de esparcir su evangelio y actuación personal más allá y por encima de las férulas de los dogmas; no olvidó de frecuentar las páginas de los filósofos y no escatimó sus horas, que pudieron haber sido de solaz para escribir su breviario de optimismo en que nos enseña que gracias a la fe en las fuerzas espirituales, en una constante actuación ética y superior podemos esperar, aun en las tinieblas demoníacas presentes una humanidad, una patria más culta para mayor honra de sus hijos y de todo el continente. Ha vivido su propia fe. Y ella ha sido tan ejemplar que la patria es deudora de perenne gratitud.



¡Cincuenta años de vida ejemplar! Rindamos el homenaje de nuestra admiración a él y también a la compañera de sus trabajos y de sus días, a aquélla que apartó de su hogar los ruidos inhóspitos, que le brindó consuelo en los momentos de desaliento que todos tienen, aun los héroes, que supo poner el óleo de su cariño sobre las heridas con que le ofendiera el vulgo y sus propios émulos enemigos, que comprendió el altísimo objetivo de su vida espiritual y que ahora comparte con su marido los honores del triunfo. Honremos en él y en ella al amor, a la amistad, al ejemplo de dos vidas solidarias, limpias y leales. Y digamos a nuestro Chile: Enrique Molina no sólo es el autor de libros que la historia tendrá como jalones de indiscutible importancia en la trayectoria de nuestra ilustración, no sólo es el maestro que supo efectuar la más difícil de las tareas didácticas: la de formar discípulos que continúen la labor, sino también el héroe de infinitas, calladas y pacientes victorias contra medios que al principio le fueron hostiles, pero que después se le rindieron al empuje de su talento y esa virtud suya de vivir alta y honradamente el credo filosófico de su vida.

#### DISCURSO DEL SEÑOR PEDRO PRADO

Don Enrique Molina (Maestro), señor Rector, señoras y señores: Tantas reuniones, discursos y conferencias se suceden en este salón, que al entrar en él me siento como si ya estuviese perdido en una enorme multitud cambiante, frente a la cual, gentes innumerables han hablado, hablan y hablarán de las cosas más variadas, dirigiéndose al interés que despiertan, a las sensaciones que utilizan, a los sentimientos que incitan, al saber que aclara o al simple recreo que tratan de procurar.

Temo, por lo tanto, al hablar a nombre de la Sociedad de Escritores, no ser oído, porque en vez de hacerlo sobre tierras distantes, hombres extraños o verdades desconocidas, voy, por el contrario, a referirme a un hombre a quien tanto conocemos, que ya parece formar parte de nosotros mismos. Deseo hablar no de su obra, que

es mucha y valiosa, sino del principio fundamental que parece informar su personalidad.

Es verdad que este hombre ha vivido largo tiempo con nosotros y que los seres a que nos vamos habituando pasan, con los años, a ser, en alguna medida, parte del ambiente que nos rodea, ambiente en que nosotros mismos nos completamos. Pero tantos otros hombres viven también largamente entre nosotros sin dejar de ser otra cosa que sombras que pasan.

Es verdad que don Enrique Molina siempre se ha encontrado en una situación de preeminencia intelectual y que hemos tenido muchas razones para admirar su clara inteligencia. Pero también hay otros hombres inteligentes y capaces a quienes admiramos, que no despiertan en nosotros el eco que él consigue.

Es verdad que durante medio siglo ha ejercido la enseñanza y que muchas generaciones han recibido con provecho sus lecciones. Pero hay otros hombres que también han ejercido el profesorado durante largos años, hacia los cuales va la gratitud de la nación, sin alcanzar la mayoría de ellos esa calidad de resonancia.

En su dilatada existencia y constante actividad, ha inspirado o iniciado, a ido ejecutando o dirigiendo obras enormes y trascendentales, como resulta ser la Universidad de Concepción. Pero hay gentes en la enseñanza o en otras actividades que han realizado obras de trascendencia para la república; pero sólo muy pocas, contadísimas personas han conseguido penetrar y quedarse en el espíritu de sus discípulos, de sus colaboradores, de sus amigos y conocidos.

Yo no pongo a don Enrique Molina por sobre nadie. Hay por suerte para nuestro país, quienes valen tanto como él y a los cuales va nuestra admiración, nuestra gratitud y nuestro agradecimiento. Pero en don Enrique Molina existe una pequeña luz que le es propia, que brilla suavemente con una continuidad tan sostenida, que no es común encontrarla entre los demás hombres por grandes y meritorios que ellos sean.

Es una pequeña claridad que atrae, que llama a acercarse a él como si en la obscuridad de la vida a la que estamos acostumbrados

y en la que nos movemos, no sin a menudo tropezar, se encendiera acogedora una vaga luminosidad, que hiciese que todas las cosas y nosotros mismos, sin cambiar en un ápice, fuésemos adquiriendo, poco a poco, más acusados relieves. Como si al mismo tiempo que nos vamos realzando y diferenciando, con mayor exactitud, consiguiéramos en una forma sutil y penetrante la vaga conciencia de una unión que se inicia, merced a esa claridad que crece y nos envuelve a todos.

Con esa claridad las cosas quedan siempre constantes, pero nos resultan ser más claras y fácilmente sensibles. La verdad de lo que escuchamos o que decimos, no varía en nada; pero logra ser más sugerente. La importancia de los actos ajenos o propios permanece igual; pero diríamos que comenzamos a entrever sus consecuencias diversas, como si sospecháramos de su rumbo y de su destino.

Cuando estamos en presencia de estos hombres de los que algo irradia, la mente no discierne bien lo que en el ser ocurre; no se lo expresa a ella misma con nitidez; pero experimenta la sensación de un agrado creciente, de una preferencia en la compañía, de una clase de amistad que no conoce y desea vivamente.

¿De dónde proviene este don especial? No es la amistad que nace del compañerismo y que necesita para alimentarse de una labor común. No es la amistad que surge entre correligionarios y que crece ajena a ellos, aún cuando los una en los mismos y ajenos ideales. No es tampoco la amistad simple pero verdadera, de dos hombres que se sienten unidos por una simpatía profunda, directa y cordial.

Tiene de las tres amistades. Participa del vínculo que crea la labor compartida, el ideal común, la cordialidad directa; participa también de la abnegación, del entusiasmo, de muchos otros aspectos innumerables. Es, ¿cómo decirlo con palabras gastadas? algo que se siente como una nueva presencia; la sospecha de encontrarse delante de un maestro; la atracción e inquietud que ejerce sobre nosotros la maestría.

La maestría no es la ciencia, ni es el conocimiento; aunque necesita de ellos. No es la ejecución adecuada o perfecta de algo, aun-

que es capaz de realizarla. La maestría no es el sacerdocio de un ideal; aunque lo sustente con inquebrantable firmeza; ni es el sacrificio de él, porque toda prueba, por penosa que sea, la pasa fácil y alegremente.

La maestría no estriba sólo en que a la ciencia y a la pericia, al ideal y al sacrificio, puedan agregarse una cordialidad simpática y radiante hacia los seres y las cosas. Es todo ello junto; pero aún hay más. ¿Qué otra cosa puede haber?

Se nos dijo hace tantos años, que ya lo hemos olvidado: ama a tu prójimo. El hombre, asombrado y confuso, creyó oír un simple y perentorio mandato.

¿Cómo se nos va a mandar de un modo imperativo que amemos? dijo Kant, sintetizando ese asombro. ¿Cómo se nos va a exigir el amor, cuando la voluntad, nuestra voluntad, no es capaz de actuar sobre nuestros sentimientos? No se nos puede exigir nada más allá de una buena voluntad.

Pero no era un mandato, era una revelación. Ama a tu prójimo y verás qué sensaciones tan increíbles, qué alcances tan extraordinarios, qué conocimientos, qué sugerencias, qué fulgores vas ha experimentar y entrever.

Observa lo que pasa en ti cuando te encuentras ante un maestro. Tu alegría, tu bienestar, tu euforia, tu capacidad provienen de que te es fácil amarlo. Te es fácil porque te acercaste previamente admirándolo; porque sentiste en su presencia recaer sobre ti su simpatía irradiante; porque en la atmósfera cordial y luminosa que él crea, han comenzado a hacerse perceptibles tantos aspectos ignorados y notables, borrosos antes en la obscuridad.

Maestro, en su sentido trascendente, es el hombre que nos hace fácil el cumplimiento de aquel mandato de amor, quien al darnos la ciencia agregó la consecuencia inagotable de inculcarnos el amor hacia ella, que al compartir un ideal le elevó muy alto, para que siempre cualquiera de nosotros le pudiera divisar brillando por sobre todos los obstáculos que se alzan sobre la tierra. Que al confiarnos particularmente su simpatía, la confió también a todos los demás sin

excepción y que como si por el hecho la multiplicase, tal una creciente levadura.

No sé lo que cada cual piense y sienta respecto a don Enrique Molina. Pero desde que lo conocí hace ya tantos años, la impresión no cambia. Me siento cómodo y alegre a su lado, como si yo también lentamente, bajo su influjo, fuese siendo un poco más inteligente para comprender, más capaz para ejecutar, más deseoso de ser algo superior a lo poco que en realidad soy. Como si yo también irradiase algo de la claridad refleja que recibo de su compañía.

Qué fácilmente resulta cumplir con el mandato sobre nuestro prójimo, si el prójimo es un maestro. Un maestro es un prójimo o próximo, de tan grande proximidad que nos penetra.

Con los maestros es fácil cumplir el mandato de amor porque ellos ya se anticiparon a cumplirlo con nosotros.

El ejercicio de la maestría no sólo es una luz, es también una fuerza. Y es así que después de medio siglo de trabajo incesante, se puede como don Enrique seguir siendo joven en el entusiasmo; que luego de tantas y tantas obras que habrían rendido a muchos hombres, él, que fue quien las hizo, las considere, ya realizadas, con mayor asombro que nosotros mismos, porque durante la época de su ejecución, en verdad, estuvo siempre fuera del tiempo.

¿Qué queremos agregar aún, nosotros con una celebración como la presente?

Para un maestro el trabajo no ha sido nunca una fatiga, sino una alegría, el deber no ha sido nunca una maldición, sino el medio único de obtener goces más trascendentes; los hombres no le han sido jamás desconocidos o enemigos, siempre fueron el espejo grande o pequeño, perfecto o deforme, velado o transparente en el mismo. Siempre miró a los ojos de sus semejantes con interés continuo, con firmeza prolongada y afecto creciente, hasta verse reflejado con claridad en el fondo de todas las oscuras pupilas.

Para un maestro la vida no ha sido nunca una tragedia, sino el asombro que siente ante la extracción continua de una verdad siem-

pre mayor, de una belleza cada vez más alta, de una alegría más y más perfecta de una conciencia que se va maravillando.

Quizás haya alguna persona que estime que mis expresiones exceden a don Enrique y a cualquier otro hombre. Pues bien, diría yo, para terminar: maestros son aquellos que nos llevan a pensar en la existencia de hombres que exceden la mezquindad de los hombres; y que con ese pensamiento nos dan fuerzas para sobrepasar esa pequeñez.

### DISCURSO DE DON TOMAS GATICA MARTINEZ

Entre la colina y el río — la verde colina del Caracol — y el Biobío inmenso, que un mar que duerme...

Bío... Bío...

Duérmete río...

¿No tiene, acaso, acento de canción de cuna el nombre de este río? ¿No suena como arrullo que hace dormir las aguas?

Entre el río y la colina, el valle frondoso y legendario, y luego la ciudad heroica y patricia —la ciudad de Concepción— y, a poco andar, la Universidad bizarra y en ella el Rector egregio, que es don Enrique Molina, gran señor de la Filosofía y maestro de dos, de tres, quizá de cuatro generaciones... don Enrique Molina, silencioso evangelista del espíritu y que, durante medio siglo, ha hecho de su vida la más generosa dádiva a la cultura de Chile y de toda la América.

Entre el río y la colina, ha realizado él su siembra más prolífica. Su labor de maestro, de filósofo, de exégeta, de escritor. Entre la colina y el río su obra máxima hecha cuerpo, alma y corazón —la Universidad suya, la Universidad de Concepción, prestigio de América, que sigue a la vera de nuestra gloriosa Universidad de Chile, realizando su alta misión educadora.

Sin duda que todavía queda un poco de oxígeno en el mundo, para que el pensador y el artista alcancen a sobrevivir; pero día a

día se va estrechando el ambiente y la gran mayoría humana rueda por caminos muy distantes de los senderos del espíritu. Materialismo, fuerza bruta, deleite bastardo, atraen y seducen a las gentes.

En nuestro medio, el estímulo para el artista es muy débil; pero más flaco resulta aún para el pensador, cuya actividad suele considerarse tarea de gente que frecuenta los caminos de la luna.

Incomprensión y desconocimiento de la importancia del espíritu, en estos días de espeso materialismo, en que se anula el pensamiento y se coloca al pensador y al filósofo fuera de la realidad tangible... En esta hora de vorágine universal que, paradójicamente, es también la hora violenta de las conquistas objetivas, de la industria gigante, de la velocidad loca.

Sin embargo, a través de la historia se ve aparecer al filósofo, jefe de escuela o de doctrina, anunciador de verdades científicas que la investigación de otros siglos ha venido a confirmar; al filósofo novelista que actúa sobre la más precisa realidad de su época; al filósofo artista que fija los dogmas supremos de la belleza, y acercándonos, con el tiempo, a los filósofos franceses que echan la semilla de la libertad espiritual, y, por fin, a los filósofos chilenos, a nuestros pensadores del ochocientos, taumaturgos de nuestra vida republicana.

En la actividad filosófica de la Grecia y de la Roma antigua había inmensidad de temas, principalmente sistemas sobre concepciones del mundo, explicados por las viejas cosmogonías, tópicos agotados ya por los avances de la biología, de la física, de la química y de la ciencia relacionada.

Hoy interesa particularmente al filósofo la investigación subjetiva; y este tipo de pensador es el que hoy representa la expresión más alta de la cultura. Se han dejado ya de mano las incógnitas del mundo para entrar en los hondos y complejos dominios del espíritu humano.

Entre tantos pensadores —vasos de elección de toda cultura— se destaca el nombre continental de don Enrique Molina.

Naturalmente que no pretendo yo entrar en su vasto predio filo-

sófico. Para esto sería necesario que disciplinase mucho en tan graves especulaciones, tarea muy difícil para quien ni siquiera puede optar al título de filósofo de oído... de que hablaba Campoamor.

Sólo quiero hacer unas ligeras referencias a su categoría espiritual en el sentido en que, generalmente, entienden el espíritu los escritores, como lo advierte el mismo don Enrique Molina, discriminando conceptos, en uno de sus libros. Es decir, el espíritu como predominante en el pensamiento y en la acción de un hombre que ha irradiado la lumbre poderosa de su alma en la cátedra, en el libro, en la vida entera. Hombre encendido de ideales, de ansiedad científica, de entusiasmo realizador.

\* \* \*

“Un libro realmente importante —dice Keyserling— es casi espíritu puro”. Esto, dicho por un filósofo, responde naturalmente al sentido metafísico del concepto. Pero mejor me avengo yo con la expresión melodiosa de Stefan Zweig: “El libro es un violín silencioso del que emanan todas las voces de Dios”.

En el ensayo y comentario filosófico, en la investigación pedagógica, en el avance crítico, en la impresión personal, en toda su obra, en fin, escudriñando ideas y sentimientos, abordando problemas, interpretando tesis, don Enrique Molina es siempre el viajero ansioso de descubrir el sentido real de la vida y de la muerte.

Es que la intención espiritual, en su sentido vital más lato, predomina siempre en su propósito y orienta y vigoriza su actitud de pensador; y es por esto que el pensador otorga primordial categoría al problema fundamental —el sentido de la vida—, motivo de uno de sus libros más trascendentales, por el acopio de razonamientos y de deducciones y por la nítida exposición de doctrinas.

“De todos los problemas filosóficos el que más me ha interesado



es el relativo a un concepto o sentido de la vida humana”, dice don Enrique Molina en su libro *De lo espiritual en la vida humana*, y esto acentúa la categoría de su obra, ya sea explorando el pensamiento antiguo en *La herencia moral de la filosofía griega*, o comentando el pensamiento actual en *Dos filósofos contemporáneos* (Guyau y Bergson). En esta ardua tarea crítica es donde florece la comprensión sutil del maestro, la destreza para captar, la agilidad para rebatir, la airoso manera de decir lo suyo propio que es lo que más importa, porque, aunque lo de ayer sea igual a lo de hoy, el ángulo del observador puede ensancharse cada vez y abrirse a nuevos horizontes.

Cuando más se aleja la filosofía del espíritu crítico —dice Turro— más semeja obra imaginativa que científica.

El mundo griego, cuya luminaria espiritual sigue encendida a través de los siglos, ha sido el mundo predilecto de don Enrique Molina, pensador y filósofo.

Letamendi dijo que la civilización cristiana era la civilización helénica puesta en gracia de Dios, y alguien le rebatió: “Creo que no, porque nuestra civilización es esencialmente ética, y la griega falta de espíritu evangélico nunca lo fue”. Pues bien, lo que parece cierto es que la doctrina escolástica no es sino la filosofía aristotélica puesta en gracia de Dios.

Las concepciones griegas sobre la vida, la naturaleza del mundo; sobre la personalidad humana y los principios religiosos y morales, han entrado en la obra de don Enrique Molina para concretarse propio de comentarista sagaz.

¡Con qué buen sentido y con cuánta sutileza penetra en el laberinto de la Escuela Sofista, desenredando la madeja tupida de aquellos primorosos malabaristas de la dialéctica!

Pero Sócrates y Platón son las figuras de primer plano en *La herencia moral de la filosofía griega*. Sócrates, la más encumbrada expresión del pensamiento antiguo, razonador inflexible y luminoso, en línea recta hacia la verdad. Platón que, fundiendo su vigorosa personalidad humana con su alta personalidad intelectual y artística en una

sola y milagrosa entidad, hace exclamar a don Enrique Molina: "Nunca con más razón puede decirse que es muchos hombres en uno"...

Su extraordinaria capacidad para evocar ambientes; aprehender ajenos estados de conciencia; penetrar en la psicología y en la sensibilidad del mundo antiguo, que se demuestra en *La herencia moral de la filosofía griega*, luce también en sus comentarios sobre dos filósofos contemporáneos —Guyau y Bergson— realizadores de avances espirituales que todavía habrán de asombrar a la mentalidad del porvenir.

¡Con qué comunicativa emoción don Enrique Molina habla de Juan María Guyau, ese hombre suave y atormentado, que vivió en la grandeza de su espíritu dentro de la arcilla desmedrada de su cuerpo; y con qué fuerza expresiva representa el combate inexorable que Guyau hubo de afrontar contra la duda y el escepticismo para entregar en seguida, sin abatimientos ni rencores, su hondo mensaje de comprensión humana!

En Juan María Guyau alentaba un poeta, y fue, tal vez, esa fuerza ilusionada la que realizó el milagro de sostenerlo y de encumbrarlo, no en el egolátrico sentido nietzscheano, sino en el positivo sentido de exaltación efectiva y de acción, vigorizadas por la inteligencia y el corazón.

Con serena reflexión —su característica habitual— don Enrique Molina comenta el sentimiento religioso a través del filósofo francés y valora las proyecciones de esta cuestión siempre apasionante.

Acaso en problemas como este, de factores tan múltiples, emanados de la inteligencia, de la sensibilidad y de la profunda y escondida raíz de la vida, sea la intuición de cada uno su riqueza objetiva y la divina gracia de soñar, lo único que valga.

De aquí entonces, que mientras más honda se acusa la inquietud del espíritu y más se adentra en la propia conciencia, el pensamiento resulta menos accesible a la comprensión general, como en el genuino caso de Juan María Guyau.

Pero no es análisis de libros lo que hace falta para determinar

la fisonomía espiritual de don Enrique Molina, aunque el valor del espíritu aparezca como lo medular en su labor de filósofo. Es el sentido espiritual de su vida, reflejado en su obra, lo que mayormente interesa. Vida en línea recta hacia el Bien y la Verdad, hacia el Amor y la Belleza, que representan las más altas finalidades de la inteligencia y del corazón. La inteligencia, expresión culminante de la dignidad humana. Y corazón, fuente de amor que enaltece la vida y justifica su razón de ser.